

La librería de los condes de Mansilla

Lema: Adso de Melk

El viaje a caballo había resultado penoso, a pesar de que lo habían dividido en dos jornadas para hacerlo más llevadero. El clima había endurecido el paso por la sierra de Guadarrama y cuando llegaron a Segovia ya se habían apagado las luces del día. Don Manuel Antonio Álvarez iba escoltado por dos criados y, aunque llegó muy fatigado, guardaba la compostura que le imponía su cargo de oficial de la furriera y servidor de su Católica Majestad el rey Carlos IV. Vestía según la influencia francesa, que desde hacía unos cuantos años se había impuesto en la Corte. Llevaba una camisa gruesa hecha de lino, con cuello y manga larga, y por encima de ella una chupa larga, abierta por delante y cerrada desde arriba hasta abajo con botones, que estaban desabrochados en la parte superior para dejar ver la chorrera de la camisa. Los calzones llegaban hasta debajo de las rodillas, por encima de las medias de lana, y estaban rematados por una jarretera que se abrochaba con una hebilla, muy al estilo de la época. Sus zapatos eran de piel oscura, con un poco de tacón y cerrados por delante con dos lengüetas abrochadas con una hebilla.

Tanto él como los criados se arropaban con una casaca de color azul marino que les llegaba por debajo de las rodillas. Estas se abrochaban de arriba abajo, tenían mangas anchas que llegaban por debajo del codo, una costura en medio de la espalda y la parte inferior abierta para permitir montar a caballo con facilidad. Solo don Manuel llevaba espadín como complemento a sus vestidos, en el lado derecho, con una abertura en uno de los pliegues laterales de la casaca. En el postigo de San Juan de los Caballeros echaron pie a tierra, tomaron sus monturas por las riendas y entraron caminando en la ciudad. Continuaron por una calle estrecha y oscura, desembocaron en otra algo más amplia y larga iluminada por algunos faroles de luz amarillenta y, bajo la luz

de una luna que comenzaba a despuntar, llegaron a un edificio con una fachada sobria, líneas barrocas bien definidas y apariencia de haber sido reformado recientemente: el palacio de los condes de Mansilla.

Desde el balcón de la fachada principal una dama contempló la llegada de los tres hombres. A su orden dos criados salieron del palacio para hacerse cargo de las cabalgaduras y acompañar a los viajeros al interior. Estos entraron en el salón de columnas donde la mujer que les había contemplado desde el balcón principal salió a recibirles.

—Soy Ana María de Peralta, condesa de Mansilla.

—Señora... Soy don Manuel Antonio Álvarez, bibliotecario de Cámara de su Majestad el rey Carlos IV.

—Imagino que querrán descansar. El viaje resulta agotador, y el tiempo está siendo inclemente.

—Si su Ilustrísima lo tiene a bien nos gustaría ver la biblioteca cuanto antes. El viaje ha sido largo, y la impaciencia por ver la colección de la que tanto nos han hablado supera en mucho a la fatiga del camino.

—La impaciencia es mala consejera, don Manuel. Pero sea, no seré yo quien le diga a un representante del rey lo que es más conveniente.

Atravesaron el salón principal del palacete para entrar en un laberinto de pasillos estrechos por el que tenían que transitar en fila de a uno. Abría el paso uno de los criados de la casa con una tea que iluminaba los corredores, después seguía la condesa, y a esta don Manuel Álvarez y sus dos criados. Los angostos pasillos desembocaban en unas escalinatas que permitían el acceso a una estancia amplia y sobria, muy bien iluminada.

—Imaginé que querían ver la biblioteca nada más llegar —dijo la condesa— por eso he ordenado que dejen la sala iluminada. Mi esposo, don Manuel Campuzano, IV

conde de Mansilla, dispuso los libros en esta estancia tan singular para facilitar su conservación.

El funcionario real se mostraba impresionado por la cantidad y la calidad de los libros de aquella sala. Había llegado hasta Segovia atraído por la fama de la colección de los condes de Mansilla, pero pocas veces en su vida, quizás una o dos, había tenido ocasión de contemplar una colección de tal calidad y tamaño con sus propios ojos. La belleza y la importancia de aquellos libros era muy superior a lo que se había imaginado.

—Entiendo su asombro, y me satisface tratar con un hombre que sabe apreciar lo que con tanta dedicación ha cuidado mi familia durante años. Mis criados les atenderán y les indicarán su alojamiento. Dispongan de su tiempo como consideren más oportuno — dijo la condesa—. Será un placer continuar esta conversación por la mañana.

Don Manuel Antonio Álvarez se quedó con sus dos criados examinando volúmenes de la colección hasta bien entrada la madrugada. Calcularon que habría más de dos mil libros, que la familia Peralta había ido reuniendo con paciencia invirtiendo una parte cuantiosa de su patrimonio, a los que tiempo atrás se habían sumado un buen número de ejemplares que incorporó el conde desde su casa señorial de los Campuzano, en Torrelavega. El bibliotecario se quedó prendado de la belleza de los exlibris, la mayoría de ellos cuidadosamente estampados a la vuelta de la portada de cada libro, que representaban los escudos de armas de los Peralta y los Campuzano bajo una corona nobiliaria y sobre la cruz de Santiago. Pero sus ojos brillaron de emoción cuando en un estante, iluminado con luz tenue, descubrió un fragmento manuscrito de *La Celestina*. Lo cogió entre sus manos, acarició el lomo del libro y lo admiró como si se tratase del objeto de deseo más codiciado por el hombre. Mientras que acariciaba el libro sus criados le presentaron algunos incunables de gran valor, entre ellos una edición veneciana del *Fasciculus temporum*, de Wernerius Rolinwick, que conocían por la edición ilustrada que se había impreso en Sevilla; una edición de *Las vidas paralelas*, de Plutarco y un libro

de Antonino de Florencia, con la marca del impresor burgalés Fadrique de Basilea; pero el bibliotecario del rey ya solo tenía ojos para la obra escrita a mano por el propio Fernando de Rojas.

La noche se hizo corta para el oficial de furriera. Apenas durmió unas horas y con las primeras luces del día volvió a la biblioteca. A la sala no llegaba ningún ruido del exterior, estaba desprovista de adornos y muy bien iluminada con luz natural, como si el constructor la hubiese diseñado a propósito para combinar con armonía la luz y el silencio, pretendiendo además que la mirada de los visitantes se centrara únicamente en lo más valioso que había en ella: los libros. Volvió a repasar los volúmenes con la mirada experta del hombre que les había dedicado gran parte de su vida, y pronto se convenció de que los ejemplares más valiosos los había dejado la condesa a la vista de manera intencionada. Se concentró en la lectura del fragmento manuscrito de *La Celestina* con la sensación de estar disfrutando de un momento único, irrepetible, hasta que la voz de Ana María de Peralta le sacó de su ensimismamiento.

—Veo que ha sabido encontrar la pieza más valiosa. Eso habla muy bien de vuestra merced.

—Su ilustrísima lo ha puesto fácil. El manuscrito estaba en un lugar destacado.

—Era sin duda uno de los preferidos de mi esposo.

—Se ve que tenía buen gusto, señora. La encuadernación de los volúmenes que he podido analizar también dice mucho en su favor.

—Mi marido dedicó su vida a estos libros, para él cada uno de ellos era una obra de arte a la que había que dedicar un trato singular, por eso están todos marcados con el escudo de la casa.

—Se nota la dedicación, señora, y también la pasión que se ha volcado en esta librería.

—Nos ha ayudado el maestro Juan Ledesma. Los libros se imprimen y se encuadernan en su taller de la calle Herrería. La cubierta con la pasta moteada y los nervios en la lomera son una idea suya. El tejuelo de color nos ayuda a su clasificación. El maestro Ledesma hace un buen trabajo.

—Señora, ¿está su Ilustrísima convencida de deshacerse de la librería?

—No me queda más remedio, don Manuel. La familia ha contraído muchas deudas y el entierro de mi esposo en la Santísima Trinidad ha terminado de vaciar las arcas de la familia.

—Lo siento muchísimo, señora. Estoy autorizado a ofrecer ocho mil ducados por la colección. Le aseguro que ocupará un lugar preferente en Palacio.

—Estoy convencida de ello. Me parece un precio justo, pero hay ciertas condiciones...

Por un lado don Manuel estaba satisfecho de cumplir con su trabajo y poder adquirir para la Librería de Cámara una colección tan valiosa por un precio razonable; por otro lado le creaba pesadumbre que aquella mujer distinguida tuviera que deshacerse de unos objetos tan valiosos para su familia. Hizo un gesto cortés con las manos invitando a la condesa a que expusiera sus condiciones.

—Como vuestra merced sabe mi marido era oficial de artillería. También fue profesor en el Real Colegio de Artillería del Alcázar, donde trabó amistad con su director, don Félix Gazzola. Los libros de matemáticas, de cálculo, de química, y los tratados de artillería y de fortificaciones militares de nuestra colección no entran en la venta. Mi voluntad es donarlos a la biblioteca del Real Colegio.

—La Librería de Cámara de su Majestad es un lugar digno para albergar todos los libros y no tener que dividir la colección, señora.

—Entiendo... pero es un homenaje que le debo a mi esposo. Donar esos libros al Alcázar me hará pensar que él sigue allí.

Después de reflexionar durante unos instantes, don Manuel Antonio Álvarez movió la cabeza para dar su conformidad a la petición de la condesa.

—¿Hay alguna condición más?

—Sí, una. Le quiero hablar de un libro muy especial.

La condesa se dirigió al fondo de la biblioteca en silencio, dando por supuesto que don Manuel la seguiría. En un rincón, entre dos estantes, había una preciosa puerta de madera que daba acceso a una habitación de dimensiones muy reducidas. Dispuesto sobre un atril, en el centro de la estancia, se mostraba un bellissimo libro con las cubiertas de piel negra, el escudo heráldico de los condes de Mansilla estampado en la cubierta y un papel de altísima calidad con los cuadernillos perfectamente ligados entre sí.

Don Manuel se quedó mirando aquel volumen y preguntó:

— ¿De qué se trata?

—Es el libro de la casa de Mansilla. Recoge todos los acontecimientos importantes en los que han participado los miembros de la familia desde el origen de los Peralta y de los Campuzano. Describe hechos importantes que tuvieron lugar en Guatemala, en Perú en Chile... mis antepasados hicieron fortuna en América.

—Es muy valioso, sin duda. ¿Quién es el autor?

—Es aquí donde quería llegar. No lo sabemos. El libro nunca sale de esta estancia, sin embargo cada cierto tiempo se añaden nuevos episodios.

Don Manuel miró a la condesa con una expresión que se movía entre la sorpresa y la incredulidad.

— ¿Señora... lo decís en serio?

—No puedo hablar más en serio. Este es el gran secreto de mi familia. No sabemos quién es el autor, ni cuándo, ni cómo se escribe el libro. Sin embargo, desde el comienzo se mantiene la misma caligrafía, como si a través del tiempo el autor no hubiese

cambiado. El último capítulo es el entierro de mi esposo, al que acudió la ciudad de Segovia en pleno.

— ¿Y cuál es mi papel en esta cuestión tan enigmática? ¿Qué queréis de mí?

—Quiero que os convirtáis en custodio del libro, que le deis un lugar preferente en la Librería de Cámara y que comprobéis que se sigue escribiendo la historia de los condes de Mansilla.

—Señora... creo que me estáis pidiendo algo que no está a mi alcance.

—Me he informado sobre vos. Sois el mejor bibliófilo de Europa. Me lo confirmasteis ayer cuando después del viaje pasasteis la noche en la biblioteca, apenas habéis dormido. No me malinterpretéis. No creo en milagros, pero tampoco tengo intención, ni tiempo, para intentar desvelar este misterio. Solo me interesa confiárselo a alguien que sea digno del libro y del secreto.

—Es un honor excesivo el que depositáis en mí, pero ni como hombre ni como amante de los libros puedo rechazar vuestro ofrecimiento.

—Os lo agradezco de corazón. Solo os pido que lo cuidéis como si fuera parte de vuestra persona. Y comprobaréis lo que os digo. Tengo la sospecha de que pronto se escribirán nuevos episodios.

Con la llegada de un clima más benigno, don Manuel Antonio Álvarez organizó un convoy de varios carruajes con una fuerte escolta de reales guardias para trasladar la librería de los condes de Mansilla desde Segovia a Madrid. Por orden del rey el bibliotecario entregó a doña Ana María de Peralta un reloj de oro guarnecido de brillantes de tres esferas, en compensación y agradecimiento por la adquisición de la colección. Los siguientes meses en Madrid se dedicó a ordenar los fondos de la librería para integrarlos en la Biblioteca Real. Centró su trabajo en crear los índices de los nuevos libros, ordenó arreglar los que tenían desperfectos, censuró los prohibidos y separó los repetidos donándolos a otras colecciones. Y también cumplió con la palabra que había dado a doña

Ana María de Peralta. Para conservar el libro de la historia de los condes de Mansilla en un lugar preferente dispuso en la biblioteca del Palacio Real una estancia parecida a la que conoció en el palacete de Segovia. Al principio, seducido por el misterio del libro, lo ojeaba con frecuencia. Poco a poco fue espaciando su lectura hasta que prácticamente lo olvidó, atraído por otros valiosos ejemplares procedentes de singulares librerías que fue adquiriendo para la Casa Real.

La fama de experto bibliotecario de don Manuel Antonio Álvarez se extendió por toda Europa. Era una profesión muy bien valorada en la época de la Ilustración. Gracias a su prestigio, durante el periodo napoleónico en España se mantuvo en su cargo de responsable de la biblioteca del Palacio Real, y la consiguió mantener a salvo del saqueo de los franceses. Como si se hubiera impuesto una obligación personal, mantuvo el funcionamiento de la Biblioteca Real hasta el regreso a Palacio del rey Fernando VII en mayo de 1814, y se produjo con ello el restablecimiento de la monarquía borbónica. Enfermo y cansado, unos días antes de morir a finales de ese mismo año, con la satisfacción de haber entregado su vida a lo que más amaba, se dirigió a la estancia en donde estaba en depósito su libro máspreciado. Sin bajarlo del atril lo acarició convencido de que era la última vez que lo veía, lo abrió para volver a sentir el tacto de la cubierta de piel negra y el del papel entre sus dedos y al pasar sus páginas comprobó con asombro que se había escrito un nuevo capítulo de la vida de los condes de Mansilla con la misma caligrafía que los anteriores.

La noticia de un alzamiento en Madrid el 2 de Mayo se extendió con rapidez por toda España. A principios de junio el pueblo de Segovia se alzó en armas contra los franceses. Se abrió una etapa en la vida de la ciudad en la que nuestros señores los condes de Mansilla tomaron parte muy activa. Las calles se llenaron de barricadas y la ciudad se organizó militarmente con compañías de voluntarios para su defensa, lo que

motivó que a principios de julio las tropas francesas acudieran a reprimir la rebelión. El general Miguel Ceballos, director del Real Colegio de Artillería, asumió la defensa de la ciudad. Dispuso piezas de artillería en las murallas y concentró el fuego de los cañones en las puertas de entrada, pero pronto resultó evidente que no había fuerzas militares suficientes para la defensa de Segovia. La artillería quedó servida por paisanos mal armados y peor instruidos. En las primeras cargas de los franceses se produjo una desbandada de los defensores. El general Ceballos abandonó la ciudad, mientras que cuarenta cadetes, con una edad comprendida entre 12 y 16 años, se refugiaron en el Alcázar con algunos profesores, entre ellos el V. conde de Mansilla, al mando de don Joaquín Velarde, hermano de don Pedro Velarde, muerto en combate en Madrid en el alzamiento del 2 de Mayo. Ante la manifiesta inferioridad frente a los franceses, don Joaquín Velarde pactó la capitulación.

Durante los meses de la ocupación francesa la vida en Segovia continuó con relativa normalidad gracias a los llamamientos pacificadores de las autoridades civiles y eclesiásticas, que hicieron lo posible por mantener el orden. Las tropas francesas abandonaron la ciudad durante unos meses para regresar de nuevo en diciembre. Ante su inminente entrada en la ciudad, el 30 de noviembre se celebró junta gubernativa en el Real Colegio de Artillería para disponer la retirada del personal y el abandono del Alcázar. Se acordó que el Ilustrísimo señor conde de Mansilla, don Alfonso de Campuzano; el capellán segundo del Real Colegio, don José Pérez Iñigo y el conserje, don Prudencio Ventura, se quedasen a cargo de la conservación y cuidado de todos los libros, máquinas, alhajas y demás muebles y efectos que no se pudieron trasladar.

Tras la ocupación del Alcázar por las tropas francesas este no tardó en convertirse en almacén de provisiones, depósito de armamento, residencia de algunos oficiales y también prisión. Soldados, civiles que mostraban su rechazo a la presencia francesa, paisanos que se resistían a abastecer al ejército invasor y guerrilleros miembros de las

partidas que campaban por la provincia eran la mayor parte de los prisioneros. Pronto se extendió por la ciudad la noticia de la crueldad y mal trato de los franceses a los presos españoles, a los que mantenían hacinados en los fríos sótanos de la fortaleza malnutridos, mal vestidos, enfermos y heridos.

En un tiempo en el que la mayoría de los hombres habían huido para unirse a los ejércitos regulares aliados o a las partidas de guerrilleros que se multiplicaban por la provincia se manifestó el valor y el arrojo de las mujeres segovianas. Fue nuestra señora la Ilustrísima condesa de Mansilla quien organizó un numeroso grupo de mujeres de Segovia y de los alrededores, que se congregaron en la plaza de la Trinidad, ante la fachada principal de su Palacio. Era un grupo muy numeroso compuesto por mujeres de todas condición: nobles, mujeres del pueblo y monjas de los conventos de la ciudad y de los arrabales. Las unía el hecho de haber sufrido ellas mismas o sus familiares alguna afrenta por parte de las tropas francesas. De la plaza de la Trinidad se dirigieron con gran griterío a la cercana plaza Mayor, y desde allí al Alcázar. A su paso se fueron incorporando más mujeres, venciendo el miedo que les producía una posible represión. Se situaron a las puertas de la fortaleza, formaron gran alboroto, imploraron e intentaron entrar por la fuerza hasta que los franceses accedieron a abrirles las puertas. Desde aquel día se permitió a las mujeres de Segovia acudir diariamente al socorro y cuidado de los presos españoles del Alcázar, y de esta manera se consiguieron salvar muchas vidas. Aquellas mujeres valientes ayudaron incluso a huir a algunos de los presos, entre ellos al guerrillero conocido como Mariscuela, un labrador de la cercana aldea de Abades. Esta acción heroica le valió a la Ilustrísima señora condesa de Mansilla la charretera de capitán de los ejércitos, que le fue impuesta por su Católica Majestad el rey Fernando VII.

Don Manuel Antonio Álvarez se quitó sus lentes, las guardó en su funda, se frotó los ojos con las yemas de los dedos, cerró el libro y con una sonrisa recordó las palabras

que en cierta ocasión le dijera en Segovia la condesa de Mansilla: “No creo en milagros, pero tampoco tengo intención, ni tiempo, para intentar desvelar este misterio”.